

luchar contra aquella incomprensión, contra ese mundo de estupidez. Con toda la buena fe, oía ansioso desde su reja lo que decía el empresario; pero al divisar las fotografías se desprendía de la reja y, sollozando, tornaba a echarse en la paja. El público, ya apaciguado, podía aproximarse otra vez a la jaula para examinarlo a su antojo.

Años después, si los testigos de esas escenas volvían a recordarlas, se percataban de que se habían vuelto incomprendibles incluso para ellos mismos. Es que mientras tanto se había producido el famoso cambio; ocurrió casi de repente. Debían existir razones muy profundas para ello; pero, ¿quién es capaz de encontrarlas?

Lo cierto es que un buen día, el tan mimado artista del hambre se encontró abandonado por la multitud ansiosa por divertirse, que daba su preferencia a otro tipo de espectáculos. El empresario recorrió de nuevo con él media Europa, para ver si en alguna parte encontraban el interés de antaño, pero todo fue inútil: como por arte de magia, había aparecido a un tiempo, en todos lados, un rechazo hacia el espectáculo del hambre. Por cierto que este fenómeno no podía haberse producido realmente de un momento a otro; y tristes y pensativos trataban de recordar detalles que en la época del fabuloso triunfo no habían tomado debidamente en cuenta, como indicios de algo importante que se avecinaba y que no consideraron del modo que correspondía.

Ahora resultaba ya demasiado tarde para remediarlo. Indudablemente que volverían los tiempos en que los ayunadores tornarían a estar de moda, mas a los actuales artistas eso no los consolaba. ¿Qué podría hacer, entonces, el ayunador? El mismo a quien aclamara la multitud, no podía presentarse en las barracas de las ferias de los pueblos; y para emprender otro oficio, aparte de ser el ayunador muy viejo seguía fanáticamente enamorado del hambre. Por todo lo cual se despidió del empresario, compañero de una carrera brillante, y firmó contrato en un gran circo, sin examinar siquiera las condiciones que estipulaba.

Un gran circo, con su infinidad de hombres, animales y aparatos que constantemente se sustituyen y se complementan unos a otros, puede siempre emplear a cualquier artista, aunque sea un ayunador, si sus pretensiones no son muchas, como es lógico. Por otro lado, en este caso especial no se

contrataba sólo al ayunador, sino a su antiguo y famoso nombre; y no cabía decir, dada la particularidad de su arte, que como con el peso de los años disminuye la capacidad, el artista veterano que ya va decayendo, trata de refugiarse en tranquilo puesto de circo; porque, por lo contrario, el ayunador afirmaba, y era de creer sin duda, que podría ayunar entonces de la misma forma que antes; y hasta aseguró que si lo dejaban hacer su voluntad, lo que inmediatamente le prometieron, sería esa la oportunidad que buscaba para llenar el mundo de justa admiración; cosa que provocó una sonrisa entre la gente del oficio, conocedores del espíritu reinante en los tiempos que corrían, detalle que, en su euforia, había olvidado el ayunador.

Pero, para sus adentros, el ayunador no dejó de hacerse cargo de las circunstancias, y aceptó sin problemas que no pusieran su jaula en el centro de la pista como número principal, sino que se la colocaran fuera, cerca de las cuadras, lugar, por otra parte, muy concurrido. Enormes carteles de vivos colores rodeaban la jaula, anunciando lo que había digno de admiración dentro de ella. En los intermedios del espectáculo, cuando la muchedumbre acudía a las cuadras para ver a los animales, era casi inevitable que pasaran por delante del ayunador y se pararan allí un momento; y quizá hubieran estado más tiempo junto a él, contemplándolo más prolongada y tranquilamente, de no haberlo impedido los empujones de los que venían detrás por el angosto pasillo y que no entendían el porqué de esa detención en el camino que conducía a las interesantes cuadras.

Por esta razón el ayunador temía esa hora de visitas, que al mismo tiempo anhelaba como la finalidad de su vida. Al comienzo, a duras penas contenía su impaciencia aguardando el momento del intermedio; había divisado muy contento la muchedumbre que se desplegaba y se le aproximaba, hasta que luego —ni el más obstinado y casi consciente deseo de engañarse a sí mismo se salvaba de aquella experiencia— hubo de convencerse de que la mayoría de esa gente, sin excepción, no deseaba otra cosa que visitar las cuadras. Y siempre era preferible ver aquella masa, así, desde lejos. Porque al llegar junto a su jaula, pronto le aturdirían los gritos e insultos de los dos bandos que al momento se formaban: el de los que deseaban verlo cómodamente (y

bien pronto este bando fue el que más entristecía el ayunador; porque se paraban ahí no porque les interesara la presencia del ayunador, sino por llevar la contraria y molestar a los otros) y el de los que sólo deseaban llegar lo más rápido posible a las cuadras. Luego de que pasara el gran tropel, llegaban los rezagados, quienes también, en vez de quedarse mirándole cuanto tiempo les viniera en gana, pues ya nadie se lo impedía, pasaban de largo, a grandes pasos, echándole apenas una mirada de reojo, para llegar a tiempo a ver los animales. Y era muy rara la vez en que viniera un padre de familia con sus hijos, mostrando con el dedo al ayunador y explicando detalladamente de qué se trataba, y recordara otros tiempos, cuando estuviera él en una exhibición semejante, pero con muchísimo más lucimiento que aquella; y entonces los niños, que por su deficiente preparación escolar y general —¿qué sabían ellos lo que era ayunar?— continuaban sin comprender lo que veían, mostraban un fulgor en sus inquisidores ojos, en el que se adivinaban otros más benignos tiempos por venir. Tal vez las cosas irían mejor —pensaba a veces el ayunador—, si el lugar de su exhibición no estuviera tan próxima a las cuadras. Entonces les sería más fácil a las gentes escoger el espectáculo que prefirieran; aparte de que le molestaban mucho y debilitaban sus fuerzas aquel olor de las cuadras, el desasosiego nocturno de los animales, el ver pasar por delante de su jaula los sangrientos trozos de carne con que alimentaban a las fieras, y los ruidos y bramidos de éstas mientras comían. Pero, no se aventuraba a decirlo a la Dirección, porque, bien mirado, siempre debía agradecimiento a los animales por la enorme cantidad de visitantes que desfilaban ante él, entre los cuales, alguna que otra vez, bien podía ser que alguno viniera exclusivamente a verle. Nadie sabe a qué rincón le arrojarían, si al decir algo les recordaba que todavía estaba ahí, y vieran claro que no dejaba de ser sino un estorbo en el paso hacia las cuadras.

Pequeño estorbo en todo caso; un estorbo que cada vez disminuía más. Las gentes se iban acostumbrando a la rareza de pretender llamar la atención como ayunador en los tiempos presentes, y adquirida esta costumbre quedaba dictada la sentencia de muerte del ayunador. Podía ayunar cuanto deseara, y así lo hacía.

Pero ya nada lo salvaría; la gente pasaba junto a él sin verle. ¿Y si tratara de explicarle a alguien el arte del ayuno? A quién no lo oíente, no es posible hacérselo entender.

Los mejores carteles llegaron a ensuciarse y ya no se podían leer; fueron arrancados y a nadie se le ocurrió fijar otros. La tablilla con el número de días transcurridos desde que iniciara el ayuno, que al principio era celosamente cambiada cada día, hacía ya mucho tiempo que era la misma, pues después de algunas semanas este pequeño trabajo se tornó muy desagradable para el personal; y en estas circunstancias, a pesar de que el ayunador continuó ayunando como siempre lo había deseado, y que lo hacía sin molestia, tal como lo anunciara un tiempo atrás, ya nadie contaba el tiempo que pasaba; nadie, ni el propio ayunador, sabía cuántos días de ayuno llevaba cumplidos, y su corazón se entristecía. Y así, en una ocasión, durante aquella temporada, en que un ocioso se detuvo ante su jaula y se rió del número de días que figuraba en la vieja tablilla, pareciéndole increíble, habló de engaño y de estafa. Esta fue la peor mentira inventada por la terrible indiferencia y la maldad innata, ya que no era el ayunador el que engañaba; él trabajaba honradamente: era el resto del mundo quien se engañaba en cuanto a sus grandes méritos.

Siguieron pasando los días, mas vino uno en que también aquello se terminó. Un día, un inspector reparó en la jaula y preguntó a los mozos por qué no aprovechaban aquella jaula tan buena en que únicamente había un podrido montón de paja. Nadie lo sabía, hasta que por último, uno, al ver la tablilla del número de días se acordó del ayunador. Revolvieron con horcas la paja, y en medio de ella encontraron al ayunador.

—¿Estás ayunando aún? —le inquirió el inspector—. ¿Cuándo vas a terminar de una vez?

—Perdonadme todos —musitó el ayunador, pero solamente le entendió el inspector, que tenía el oído muy cerca de la reja.

—Por supuesto —contestó el inspector, poniéndose el índice en la sien para indicar así al personal el estado mental del ayunador—, todos le disculpamos.

—Toda mi vida deseo que admirarais mi resistencia al hambre —dijo el artista del hambre.

—Y la admiramos —repúsole el inspector.
—Pero no tendrías por qué hacerlo —dijo el ayunador.
—Bien, de acuerdo, no la admiraremos —repuso el inspector—; pero ¿por qué no hemos de hacerlo?
—Porque me es imprescindible ayunar, no puedo evitarlo —dijo el ayunador.
—Eso es evidente —dijo el inspector—, pero ¿por qué no puedes evitarlo?
—Porque —dijo el artista del hambre alzando un tanto la cabeza y hablando en la misma oreja del inspector para que no dejaran de oírse sus palabras, con los labios alargados como si fuera a dar un beso—, porque nunca encontré comida que me agradara. De lo contrario, créeme, no habría hecho ningún cumplido y me habría hartado como tú y los demás.

Estas fueron sus últimas palabras, pero todavía en sus ojos nublados, se leía la firme resolución, aunque ya no orgullosa, de continuar con su ayuno.

—¡A limpiar esto! —ordenó el inspector, y sepultaron al ayunador junto con la paja. Pero en esa jaula metieron una pantera joven. Era un enorme placer hasta para el más lerdo, ver en aquella jaula, tanto tiempo vacía, esa hermosa fiera que se revolcaba y daba saltos. Nada le faltaba. La comida, que le gustaba, era traída a prisa por sus guardianes. Ni siquiera parecía añorar la libertad. Aquel enorme cuerpo, provisto de todo lo preciso para desgarrar lo que se le pusiera por delante, parecía llevar consigo su propia libertad: que daba la sensación de estar escondida en cualquier rincón de su dentadura. Y la alegría de vivir brotaba con tanto vigor de sus fauces, que a los espectadores les resultaba dificultoso hacerle frente. Mas sobreponiéndose al pánico, se apretujaban contra la jaula y por ningún motivo querían alejarse de allí.

UN ARTISTA DEL TRAPECIO

Un artista del trapecio —como todos sabemos, este arte que se ejecuta en lo alto de las cúpulas de los grandes circos es uno de los más difíciles entre todos los asequibles al hombre— había ordenado en tal forma su vida —primero por empeño profesional de perfección, luego por hábito que

se transformara en tiranía— que, mientras trabajaba en la misma empresa, permanecía día y noche en el trapecio. Todas sus necesidades —por lo demás, insignificantes— eran cubiertas por empleados que a ratos se turnaban y vigilaban desde abajo. Todo lo que arriba era necesario lo subían y bajaban en cestillos hechos para el caso.

Viviendo de este modo, al trapecista no se le presentaban grandes dificultades con el resto del mundo. Sólo resultaba un tanto molesto durante los otros números del programa, porque como no se podía ocultar que se había quedado allá arriba, aunque estuviera sin moverse, siempre había alguien del público que desviaba su mirada hacia él. Pero los directores se lo permitían, porque era un artista consumado, y además irremplazable. Por otra parte se sabía que no obraba así por capricho y que sólo en esa forma podía estar siempre en condiciones y conservar la máxima perfección de su arte.

Además, allá en lo alto se estaba muy bien. Cuando en los calurosos días de verano se abrían las ventanas laterales que había alrededor de la cúpula y el sol y el aire penetraban en el ámbito crepuscular del circo, era hasta bello. Su contacto humano estaba limitadísimo, como era natural. Ocasionalmente trepaba por la cuerda de ascensión algún colega de *turné*, se sentaba a su lado en el trapecio, apoyado uno en la cuerda de la derecha, otro en la de la izquierda, y conversaban durante largo rato. Ocurría que los obreros que revisaban el techo intercambiaban con él alguna palabra por una de las ciaraboyas o que el electricista que probaba las conexiones de luz en la galería más alta le gritaba alguna palabra respetuosa, aunque apenas entendible.

Fuera de esto, siempre estaba solo. En algunas ocasiones un empleado que con pasos cansados deambulaba por el circo vacío, a la hora de la siesta, dirigía su mirada a la casi atrayente altura, donde el trapecista descansaba o practicaba su arte sin darse cuenta de que lo observaban.

Así hubiera podido vivir tranquilo el artista del trapecio a no mediar los inevitables viajes de lugar en lugar que le desagradaban en alto grado. Es verdad que el empresario se preocupaba de que este sufrimiento no se prolongara más allá de lo indispensable.

El trapecista salía para la estación en un automóvil de

carreras, que en la madrugada, por las calles desiertas, corría a toda velocidad; velocidad que, sin embargo, resultaba demasiado lenta para su nostalgia del trapecio.

En el tren tenía preparado un departamento para él solo, en donde arriba, en la redecilla de los equipajes, encontraba una sustitución pobre —pero en algún caso, equivalente— de su manera de vivir.

En el punto de destino ya le tenían listo el trapecio con mucha antelación a su llegada, incluso antes de ajustar el maderamen e instalar las puertas. Pero cuando más feliz se sentía el empresario, era al ver al trapecista afirmar el pie en la cuerda de subida y, en un abrir y cerrar de ojos, encaramarse de nuevo a su trapecio.

No obstante todas estas medidas precautorias, los viajes descontrolaban notoriamente los nervios del trapecista, de suerte que por muy ventajosos que resultaran económicamente para el empresario siempre le eran enojosos.

En uno de los viajes —el artista iba en la redecilla, en actitud soñadora, y el empresario recostado en el rincón de la ventanilla, leyendo un libro— el trapecista, acomodándose suavemente, dijo con nerviosismo, al empresario, que en adelante necesitaba para vivir, no un trapecio, como hasta entonces, sino dos, dos trapecios, uno frente a otro.

El empresario dio su conformidad de inmediato. Pero el trapecista, como si quisiera significar que le daba igual que el empresario estuviera o no de acuerdo, agregó que jamás, en ninguna oportunidad, trabajaría solamente sobre un trapecio. Daba la impresión de que se horrorizaba ante la sola idea de que tal cosa pudiera acontecerle alguna vez. El empresario, en suspenso, observó a su artista, y de nuevo le expresó su absoluta conformidad. Dos trapecios serían más atracción que uno solo. Por otra parte, los nuevos ejercicios brindarían más vistosidad y variedades.

El artista repentinamente rompió a llorar. Hondamente conmovido, el empresario se incorporó de un brinco y le preguntó qué le sucedía, y como aquél no le contestara se subió al asiento, le acarició y abrazó y estrechó su rostro contra el suyo, hasta sentir sus lágrimas. Luego de numerosas preguntas y palabras de aliento, el trapecista dijo, sollozando:

—¿Cómo me sería posible vivir con una sola barra en las

manos? En este momento el empresario comprendió que fácilmente sabría cómo consolarlo. Le prometió que llegando a la primera estación en que el tren se detuviera lo suficientemente, telegrafiaría para que colocaran un segundo trapecio, y se reprendía duramente a sí mismo por la crueldad de haber echo trabajar al artista tanto tiempo en un solo trapecio. Por último, le agradeció que le hubiera hecho notar esa imperdonable omisión. Así pudo el empresario aplacar al artista y regresarse a su rincón.

Pero, no se quedó tranquilo; con suma preocupación, espiaba a hurtadillas, por encima del libro, al trapecista. Si esos sutiles motivos le causaban tales depresiones, ¿podrían éstas desaparecer por completo? ¿No irían en aumento día a día? ¿No pondrían en peligro su vida? Y, alarmado, el empresario creyó ver en aquel sueño de apariencia tranquila, en que había concluido el llanto, comenzar a perfilarse las primeras arrugas en la lisa frente infantil del artista del trapecio.

UNA CRUZA

Poseo un animalito especial, mitad gatito, mitad cordero. Lo heredé de mi padre. Desde que lo tengo se ha desarrollado totalmente; antes era más cordero que gato. Ahora es mitad y mitad. Tiene de gato la cabeza y las uñas, del cordero el porte y la figura. Sus ojos son hurafios y centelleantes; de piel suavecita y apegada al cuerpo, sus movimientos son a la vez saltarines y furtivos. Bajo el sol, en el hueco de la ventana, se enrosca y ronronea; en el monte corre con desenfreno y nadie lo alcanza. Rasguña como gato y ataca a los corderos. Cuando hay luna en la noche, su paseo predilecto es la vertiente del tejado. No sabe maullar y odia a los ratones. Se pasa acechando durante horas ante el gallinero, pero nunca ha cometido un asesinato. Le doy leche: es lo que le cae mejor. La sorbe a grandes tragos, entre sus dientes de animal de presa. Como es lógico, constituye un gran espectáculo para los niños, que pueden venir a verlo en la mañana del domingo. Estoy sentado con mi animal sobre las rodillas, mientras me hacen rueda todos los niños vecinos.

Entonces escuchó las más increíbles preguntas, que ningún ser humano podría responder: qué cuál es el motivo